

...innings of Fingers
An early experiment in finger-printing
The largest diameter
1888
29 years old
1890
1892
1894
1896
1898
1900
1902
1904
1906
1908
1910
1912
1914
1916
1918
1920
1922
1924
1926
1928
1930
1932
1934
1936
1938
1940
1942
1944
1946
1948
1950
1952
1954
1956
1958
1960
1962
1964
1966
1968
1970
1972
1974
1976
1978
1980
1982
1984
1986
1988
1990
1992
1994
1996
1998
2000
2002
2004
2006
2008
2010
2012
2014
2016
2018
2020
2022
2024
2026
2028
2030
2032
2034
2036
2038
2040
2042
2044
2046
2048
2050
2052
2054
2056
2058
2060
2062
2064
2066
2068
2070
2072
2074
2076
2078
2080
2082
2084
2086
2088
2090
2092
2094
2096
2098
2100

El bobo Wilson

Mark Twain

Dos niños nacen el mismo día en la misma casa en una pequeña población del viejo Sur: Chambers, hijo de la esclava Roxana, y Tom, hijo del amo Driscoll. Los dos son en apariencia blancos y casi idénticos. Aterrada ante la perspectiva de ver a Chambers vendido «río abajo», Roxana intercambia a los niños, convirtiendo al esclavo en amo y al amo en esclavo.

A partir de este equívoco de identidades, Mark Twain pinta en *El bobo Wilson* un cómico retrato de la comunidad fluvial de su infancia, delatando con afilada ironía los tropiezos y miserias de sus pintorescos personajes: el juez Driscoll, los gemelos italianos Luigi y Angelo Capello, el investigador Blake y, por supuesto, el bobo Wilson.

Para sorpresa de propios y extraños, será la perspicacia de Wilson, su afición a coleccionar huellas digitales y su lógica deductiva las que descubrirán por fin el secreto de Roxana.

Lúcido y agudo testimonio de lo más cruel e inhóspito de la condición humana: la esclavitud.

Un murmullo al lector

No hay ningún carácter, por bueno y puro que sea, que no se pueda destruir con el ridículo, por tosco y mezquino que sea. Observemos al asno, por ejemplo: su carácter es casi perfecto, es el espíritu más selecto entre todos los animales más humildes, y sin embargo ya sabemos lo que el ridículo ha hecho de él. En vez de sentirnos halagados cuando nos llaman asnos, nos quedamos dudosos.

—Del calendario del Bobo Wilson.

La persona que ignora los asuntos legales siempre puede cometer errores al tratar de fotografiar con su pluma una escena de un tribunal; y por eso, yo no quería que los capítulos legales de este libro fueran a la imprenta sin someterlos antes a una revisión y corrección rígidas y exhaustivas hechas por un experto leguleyo... si es así como los llaman. Esos capítulos son ahora correctos en todos sus detalles, porque fueron escritos de nuevo bajo la mirada vigilante de William Hicks^[1], quien estudió algo de leyes un tiempo en el sudoeste de Missouri, hace treinta y cinco años, y luego vino a Florencia por su salud y sigue trabajando, por la comida y la cama, en el almacén de piensos de Macaroni Vermicelli, que se encuentra en el primer callejón que vemos al doblar la esquina de la Piazza del Duomo, un poco más allá de la casa que tiene la pared de piedra, donde Dante acostumbraba sentarse hace seiscientos años, cuando dejó de contemplar cómo construían el *campanile* del Giotto, pero se cansaba de esperar que Beatrice pasara por allí para comprarse un trozo de pastel de castañas y poder defenderse con él en caso de una revuelta gibelina, antes de lle-

gar a la escuela, en el mismo puesto donde lo venden hoy en día, tan ligero y bueno como entonces, y eso no es ninguna adulación, ni mucho menos. Había olvidado un poco las leyes, pero las refrescó por causa de este libro, y los dos o tres capítulos legales están ahora perfectos. Él mismo me lo dijo así.

Escrito por mi propia mano el segundo día de enero de 1893, en la Villa Viviani, en el pueblo de Settignano, a tres kilómetros de Florencia, en las colinas (desde donde se disfruta uno de los panoramas más encantadores que pueden verse en este planeta, y con las puestas de sol más hermosas y ensoñadoras de este planeta, o hasta del sistema solar) y escrito, además, en la magnífica habitación de la casa, con los bustos de los senadores Cerretani y otros nobles de su linaje mirándome con aprobación, como acostumbraban mirar a Dante, y pidiéndome en silencio que los adopte en mi familia, lo que hago con placer, porque mis antepasados más remotos no son más que unos pollos de primavera comparados con estas antigüedades majestuosas con sus togas, y para mí será una gran satisfacción, el remontarme así a seiscientos años.

M. T.

Capítulo I

El bobo se gana su nombre

Di la verdad o invéntala... pero consigue tus fines.

—Del calendario del Bobo Wilson.

El escenario de esta crónica es el pueblo de Dawson's Landing, en la orilla del Misisipi perteneciente a Missouri, a medio día de viaje de St. Louis, por vapor.

En 1830 se componía de una pequeña colección de modestas casas de madera de uno y dos pisos, cuyas fachadas blanqueadas desaparecían casi bajo una profusión de rosales trepadores, madreselvas y dondiegos. Cada una de esas lindas casas tenía delante un jardín rodeado de blanca empalizada y bien provisto de malvalocas, margaritas, balsaminas y muchas otras flores anticuadas; mientras que en los alféizares de las ventanas había cajas de madera que contenían rosas musgosas, y macetas en las que crecía una variedad de geranios cuyas flores de un rojo intenso acentuaban el tono rosado de las fachadas vestidas de rosales, como una explosión de fuego. Cuando en el alféizar quedaba lugar, entre las cajas y macetas, para un gato, el gato no faltaba, tendido cuan largo era, si hacía sol, durmiendo y feliz, con el peludo vientre al sol y una pata curvada sobre la nariz. Entonces, esa casa estaba completa, y su contento y paz se manifestaban al mundo por ese símbolo, cuyo testimonio es infalible. Un hogar sin gato, y un gato bien alimentado, mimado y debidamente respetado, pue-

de ser quizá, un hogar perfecto, ¿pero cómo puede probar su título?

A lo largo de las calles, en ambos lados y al exterior de las aceras de ladrillo se alzaban unos algarrobos con los troncos protegidos por cercas de madera, y esos algarrobos daban sombra en verano y una dulce fragancia en primavera, cuando se cubrían de flor. La calle principal, a una cuadra de distancia del río, paralela a él, era la única calle comercial. Tenía seis cuadras de largo, y en cada una de ellas dos o tres comercios de ladrillo de tres pisos de alto, descollaban sobre los grupos intermedios de pequeñas tiendas de madera. A lo largo de toda la calle los carteles se balanceaban crujiendo. La pértiga rayada que a lo largo de los canales de Venecia indica una nobleza antigua y orgullosa, indicaba sólo una humilde barbería en la calle principal de Dawson's Landing. En la esquina más importante se alzaba un alto poste sin pintar cubierto de punta a punta de cacerolas, sartenes y tazas de hojalata, el ruidoso anuncio con que el hojalatero avisaba a todo el mundo (cuando soplabla el viento) de que su comercio estaba a disposición de todos a la vuelta de la esquina.

El frente del pueblo estaba bañado por las claras aguas del gran río; la parte principal subía hacia una suave pendiente, y su borde posterior se había diseminado entre unas cuantas casas desparramadas al pie de las colinas, que se alzaban, altas, encerrando al pueblo en una curva de media luna, y con tupidos bosques desde el pie a la cumbre.

Los vapores pasaban cada hora, hacia arriba y hacia abajo. Los que pertenecían a la pequeña línea de Cairo y la pequeña línea de Memphis, se detenían siempre; los grandes vapores de la línea de Nueva Orleans sólo se detenían para tocar sus sirenas, o desembarcar pasajeros o carga; y lo mismo ocurría con la gran flotilla de «transeúntes». Esta última procedía de una docena de ríos, el Illinois, el Missouri, el Misisipi Superior, el Ohio, el Monongahela, el Tennes-

see, el Río Rojo, el Río Blanco y otros más; y se dirigían a todos los lugares imaginables e iban cargados con todo lo que las comunidades de Misisipi podían imaginar para su comodidad o necesidad, desde las heladas Cataratas de St. Anthony bajando por nueve climas hasta la tórrida Nueva Orleans.

Dawson's Landing era un pueblo esclavista, con unas tierras ricas en granos y cerdos, trabajadas por esclavos. El pueblo era soñoliento, cómodo y tranquilo. Tenía cincuenta años e iba creciendo lentamente... muy lentamente, en realidad, pero de todos modos, creciendo.

El principal ciudadano era York Leicester Driscoll, de unos cuarenta años de edad, juez del tribunal del condado. Estaba muy orgulloso de su vieja ascendencia virginiana, y en su hospitalidad, y en sus maneras formales y majestuosas seguía sus tradiciones. Era cortés, justo y generoso. Su única religión era la de ser un caballero (un caballero sin tacha), y siempre fue fiel a ella. Era respetado, estimado y amado por toda la comunidad. Tenía bastantes bienes de fortuna, y gradualmente los iba aumentando. Él y su esposa eran casi felices, pero no del todo, porque no tenían hijos. El ansia de poseer el tesoro de un hijo se había ido haciendo cada vez más fuerte con el correr de los años, pero nunca habían tenido esa bendición... ni iban a tenerla.

Con la pareja vivía la hermana viuda del juez, la señora Rachel Pratt, que tampoco tenía hijos... que no los tenía y sufría por esa razón, sin consuelo. Las mujeres eran buenas y vulgares, cumplían con su deber y tenían su recompensa en la tranquilidad de sus conciencias y la aprobación de la comunidad. Eran presbiterianas, y el juez, librepensador.

Pembroke Howard, un abogado soltero, de unos cuarenta años, era otro noble de la vieja Virginia, descendiente de las Primeras Familias. Era una persona cortés, valerosa y majestuosa, un caballero de acuerdo a los más estrictos requerimientos de las reglas de Virginia, devoto presbiteriano, una autoridad del «código», y hombre dispuesto

siempre, con la mayor cortesía, a batirse con cualquiera si alguno de sus actos o palabras eran puestos en duda o despertaban sospechas, explicándose con el arma de la preferencia del contrario, desde la lezna a la artillería. Era muy popular en el pueblo y el mejor amigo del juez.

Luego venía el coronel Cecil Burleigh Essex, otro descendiente de las Primeras Familias de Virginia, de formidable calibre... no obstante, no vamos a hablar de él.

Percy Northumberland Driscoll, el hermano del juez y cinco años menor que él, estaba casado, y había tenido bastantes hijos en torno a su hogar; pero habían sido atacados uno a uno por la escarlatina, la tos convulsa y el sarampión, y eso le había dado al médico una oportunidad de usar sus eficaces métodos antediluvianos; de modo que las cunas estaban vacías. Era un hombre próspero, con una buena cabeza para la especulación, y su fortuna iba creciendo. El 1 de febrero de 1830, nacieron dos varoncitos en la casa; uno, hijo suyo, y el otro de una de sus esclavas, llamada Roxana. Roxana tenía veinte años. Aquel mismo día se levantó de la cama, con mucho trabajo, porque cuidaba de los dos bebés.

La señora Percy Driscoll murió aquella misma semana. Roxy quedó al cuidado de los niños. Los cuidaba a su modo, porque el señor Driscoll no tardó en absorberse en sus especulaciones, dejándole que hiciera lo que quisiera.

En aquel mismo mes de febrero, Dawson's Landing ganó un nuevo ciudadano. Era el señor David Wilson, un muchacho de ascendencia escocesa. Había llegado a aquella remota región desde su lugar de nacimiento, en el interior del estado de Nueva York, en busca de fortuna. Tenía veinticinco años, había estudiado en la universidad, y un par de años antes había terminado un curso en un colegio de leyes del este.

Era un hombre feo, pecoso, de pelo color arena, con ojos azules e inteligentes, de mirada franca y amistosa, de agradable brillo. De no haber sido por una observación

desgraciada, no cabe duda de que habría iniciado enseguida una brillante carrera en Dawson's Landing. Pero hizo esa observación fatal el primer día que pasó en el pueblo y eso lo «marcó». Acababa de entrar en relación con un grupo de vecinos cuando un perro invisible empezó a aullar, ladrar y hacerse desagradable en todos los aspectos, y entonces el joven Wilson dijo, como el que piensa en voz alta:

—Desearía ser el dueño de la mitad de ese perro.

—¿Por qué? —le preguntó alguien.

—Porque mataría mi mitad.

El grupo lo miró a la cara con curiosidad, casi con inquietud, pero no encontraron ninguna luz en ella, ninguna expresión que pudieran comprender. Se apartaron de él, como si se tratara de algo extraño, y se fueron a discutirlo a un lugar privado. Uno dijo:

—Me parece que es un tonto.

—¿Te parece? —le replicó otro—. Sería mejor decir que lo es.

—Dijo que desearía ser el dueño de la *mitad* del perro, el idiota —agregó un tercero—. ¿Qué se imaginaba que iba a ser de la otra mitad, si él mataba la suya? ¿Creen que pensaba que iba a vivir?

—Debe haberlo pensado, a menos que sea el tonto más tonto del mundo; porque si no lo hubiera pensado, habría querido ser el dueño del perro entero, sabiendo que si mataba su mitad y la otra mitad moría, sería tan responsable de esa mitad, igual que si hubiera matado esa mitad en vez de la suya. ¿No lo miran así, caballeros?

—Sí. Si era el dueño de la mitad de un perro cualquiera, tendría que ser así; si era el dueño de un extremo del perro, y otra persona del otro extremo, sería así, de todos modos; particularmente en el primer caso, porque si mataba sólo la mitad de un perro cualquiera, no habría ningún hombre que pudiera decir de quién era esa mitad, pero si era el dueño de un extremo del perro, tal vez podía matar su extremo y...

—No, tampoco podría; no podría hacerlo sin ser responsable si el otro extremo moría, lo que sucedería. En mi opinión, ese hombre no anda bien de la cabeza.

—En mi opinión no tiene cabeza.

El número 3 dijo:

—Bueno, para mí es un zopenco.

—Eso es lo que es —asintió el Número 4— un zopenco completo, como no he visto otro.

—Sí, señor, es un verdadero estúpido, eso es lo que digo yo —intervino el Número 5—. Cualquiera puede opinar otra cosa, si lo desea, pero eso es lo que yo pienso.

—Estoy con ustedes, caballeros —dijo el Número 6—. Es un verdadero asno... sí, y no creo que sea exagerar el decir que es un bobo. Si no es un bobo, yo no sé juzgar a la gente.

El señor Wilson quedó juzgado. El incidente fue contado por todo el pueblo, y se lo discutió por todos con gravedad. Al cabo de una semana había perdido su nombre y se quedó con el de Bobo. Con el tiempo llegaron a apreciarlo, de veras; pero para aquel entonces, el sobrenombre había prendido y no lo perdió. El veredicto de aquel primer día había hecho de él un tonto, y no consiguió sacárselo de encima, y ni siquiera modificarlo. El sobrenombre no tardó en dejar de ser algo hiriente o inamistoso, pero siguió en su lugar, e iba a seguir manteniéndolo durante veinte largos años.

Capítulo II

Driscoll perdona a sus esclavos

Adán no era más que humano... eso lo explica todo. No quería la manzana por la manzana, la quería sólo porque se la prohibieron. El error fue el no prohibirle la serpiente: entonces, se habría comido la serpiente.

—Del calendario del Bobo Wilson.

El Bobo Wilson tenía un poco de dinero cuando llegó, y con él se compró una casita en el extremo occidental del pueblo. Entre ella y la del juez Driscoll no había más que un patio cubierto de césped, con una empalizada que dividía por la mitad las propiedades. Alquiló una pequeña oficina en el centro y colgó un cartel de latón con el siguiente letrero:

DAVID WILSON

Abogado y Consejero Legal

Agrimensor, Escribano, etc.

Pero su desgraciada observación había arruinado todas sus posibilidades... al menos legales. No vino ningún cliente. Al cabo de un tiempo, quitó el cartel y lo colgó en su casa, borrando de él todo lo relativo a la ley. Ahora ofrecía sus servicios en las humildes profesiones de agrimensor y contable. De cuando en cuando alguien le daba un trabajo de agrimensor, y de cuando en cuando un comerciante le

pedía que le pusiera en orden sus libros. Con paciencia y resolución escocesas, resolvió hacer olvidar su reputación y abrirse camino en el campo de la ley. ¡Pobre hombre!, no podía prever que iba a tener que emplear en ello tanto tiempo y tanto cansancio.

Tenía una gran abundancia de tiempo libre, pero nunca le pesaba, porque se interesaba por todas las cosas nuevas que aparecían en el universo de las ideas, y las estudiaba y experimentaba en su casa. Una de sus manías favoritas era la quiromancia. La otra no tenía nombre, ni él podía tampoco explicar cuáles eran sus fines, pero se limitaba a decir que era un entretenimiento. En realidad, había descubierto que sus manías aumentaban su reputación de bobo; por lo tanto cada día era más parco al hablar de ellas. La manía sin nombre era la que se ocupaba de las huellas dactilares de los demás. Llevaba en el bolsillo una cajita con una serie de ranuras, y en cada una de esas ranuras, tiras de cristal de cinco pulgadas de largo y tres de ancho. A lo largo del borde inferior de cada tira había pegado un trozo de papel blanco. Le pedía a la gente que se pasaran las manos por el pelo (para que se les pegara en ellas una fina capa de su aceite natural) y luego que marcaran su pulgar en el cristal, siguiendo luego con las marcas de las demás yemas de los dedos en sucesión. Debajo de la hilera de débiles marcas grasientas, escribía en la tira de papel blanco... por ejemplo:

JOHN SMITH, mano derecha.

Y agregaba el día del mes y el año, y luego tomaba las huellas de la mano izquierda de Smith en otro trozo de cristal, y agregaba el nombre, la fecha y las palabras «mano izquierda». Los trozos de cristal volvían entonces a las ranuras de la caja, y ocupaban luego su lugar en lo que Wilson llamaba su «archivo».

Estudiaba a menudo ese archivo, examinándolo y estudiándolo con absorto interés hasta bien entrada la noche; pero no reveló a nadie lo que había descubierto, si es que descubrió algo. A veces, copiaba en un papel el complicado dibujo dejado por la yema del dedo, y luego lo ampliaba mucho con un pantógrafo para poder examinar la red de líneas curvas con comodidad y conveniencia.

Una calurosa tarde (era el primer día de julio de 1830) estaba trabajando en una complicada contabilidad, en su escritorio, que daba al oeste a una serie de baldíos, cuando lo distrajo una conversación mantenida afuera. Era una conversación a gritos, lo que demostraba que los que hablaban no se hallaban cerca el uno del otro:

—Eh, Roxy, ¿cómo está tu bebé? —eso decía la voz más lejana.

—Muy bien; ¿y cómo estás tú, Jasper? —el grito procedía de más cerca.

—Oh, más o menos; no me puedo quejar. Voy a ir uno de estos días a cortejarte, Roxy.

—¡Qué vas a hacerlo, porquería negra!, ¡ja... ja... ja...! Tengo algo mejor que hacer que tratar con morenos tan negros como tú. ¿Es que te plantó Nancy, la de la señorita Cooper? —Roxy terminó esa salida con otra carcajada de alegre risa.

—Estás celosa, Roxy, eso es lo que te pasa, presumida... ja... ja... ja... ¡Eso es lo que te pasa!

—Oh, sí, estoy loca por ti, ¿verdad? Te juro por Dios que esa presunción tuya va a acabar contigo un día de estos, Jasper. Si fueras mío, te vendería río abajo^[2], porque ya exageras demasiado. En cuanto me encuentre con tu amo se lo voy a decir así.

La charla alegre y descuidada prosiguió, porque las dos partes gozaban con el amistoso duelo y estaban muy satisfechas del ingenio que demostraban en él... pues ellos lo consideraban ingenio.

Wilson se asomó a la ventana para observar a los combatientes; no podía trabajar mientras continuaran charlando. En uno de los baldíos estaba Jasper, joven, negro como el carbón y de magnífica figura, sentado en una carretilla bajo el ardiente sol... supuestamente trabajando, aunque en realidad, sólo se preparaba para el trabajo descansando por anticipado una hora. Delante del porche de Wilson se hallaba Roxy, con un cochecito de bebé de manufactura local, en el que estaban sentados los dos niños, uno a cada extremo y mirándose el uno al otro. A juzgar por su modo de hablar, cualquier forastero habría pensado que Roxy sería negra, pero no lo era. Sólo un dieciseisavo de su persona era negro, y ese dieciseisavo no se notaba. Era majestuosa de formas y estatura, con actitudes estatuarias e imponentes, y sus gestos y movimientos se distinguían por su noble gracia. Su cutis era muy claro, con las mejillas sonrosadas de vigor y salud, su cara llena de expresión y carácter, los ojos castaños y dulces, y tenía una pesada y suave cabellera de color castaño también, pero eso no se notaba entonces porque tenía un pañuelo de cuadros en torno a la cabeza, y el pelo se ocultaba debajo de él. Su cara era bien formada, inteligente, agradable... hasta hermosa. Cuando estaba entre los de su casta sus maneras eran descuidadas e independientes, y hasta se podrían llamar descaradas; pero, naturalmente, cuando trataba con los blancos era dócil y humilde.

En realidad, Roxy era tan blanca como cualquiera, pero ese dieciseisavo negro de su persona dominaba sobre las otras quince partes y hacía de ella una negra. Era una esclava y, como tal, se la podía vender. Su hijo, que tenía treinta y una partes de blanco, era también esclavo y, por una ficción de la ley y la costumbre, negro. Tenía los ojos azules y unos bucles color lino como su compañero blanco, pero hasta el mismo padre del niño blanco los podía distinguir (a pesar de lo poco que trataba con ellos) por su ropa; porque el bebé blanco llevaba un traje de suave muselina con vo-

lantes y un collar de coral, mientras que el otro vestía sólo una basta camisa de lienzo que no le llegaba ni a las rodillas, y no llevaba joya alguna.

El niño blanco se llamaba Thomas Becket Driscoll, el nombre del otro era Valet de Chambre; sin apellido..., los esclavos no tenían ese privilegio. Roxana había oído la frase en alguna parte, el sonido le agradó a su oído y se imaginó que era un nombre, así que se lo puso a su tesoro. Claro está que muy pronto se redujo a «Chambers».

Wilson conocía de vista a Roxy, y cuando el duelo de ingenios fue decayendo, salió para intervenir. Jasper empezó a trabajar con energía inmediatamente, al ver que observaban su descanso. Wilson inspeccionó a los niños y dijo:

—¿Qué edad tienen, Roxy?

—Los dos la misma edad, señor... cinco meses. Nacieron el primero de febrero.

—Son unos chicos muy hermosos. Uno tan lindo como el otro.

Una sonrisa de placer descubrió los blancos dientes de la muchacha, que le contestó:

—Que Dios lo bendiga, señor Wilson, es muy amable diciendo eso, aunque uno de ellos no es más que un negro. Un negrito muy hermoso, como digo yo siempre, pero claro que lo digo porque es mío.

—¿Cómo los distingues, Roxy, cuando no están vestidos?

Roxy rió con una risa proporcionada a su tamaño, y dijo:

—Oh, yo los reconozco, señor Wilson, pero estoy segura de que el amo Percy no podría hacerlo ni para salvar su alma.

Wilson charló un rato más y luego le tomó a Roxy sus huellas para su colección (de la mano derecha y la izquierda) en un par de tiras de cristal; después las etiquetó y fechó, tomando además las de los dos bebés, que etiquetó y fechó también.